

Carta de Argentina. El deseo mimético y el peronismo

Luis Gregorich

El proceso político argentino, a menudo incomprensible para propios y extraños, ha merecido ya las más variadas interpretaciones, desde las ciencias sociales a la mitología popular. El nudo problemático central (e irresuelto) se constituye en torno al peronismo, con su capacidad hegemónica intacta después de seis décadas en que ninguna fuerza política mayoritaria (y menos la peronista) podría declararse inocente respecto a la drástica declinación nacional. Pese a esto, ¿la paradoja es que únicamente el peronismo puede gobernar? Sólo podemos aceptarlo como una metáfora, como una melancólica concesión al empirismo más elemental. Tomarlo —tan siquiera sugerirlo— como regla definitiva sería abolir la posibilidad, entre nosotros, de una democracia razonable.

Es cierto que mientras los demás discuten, teorizan, condenan, sobreinterpretan, el peronismo gobierna, aun en contra de los fiscales y sobreintérpretes que surgen de sus propias filas. Decimos, con razón, que un buen comienzo (no más que eso) para un sistema político estable sería que un partido o alianza no peronista consiguiera ser reelegido (es decir, sucederse a sí mismo) por lo menos una vez. Pero esa arquitectura de la sucesión también parece haber sido monopolizada por el peronismo, no tanto porque destruya a sus opositores mientras éstos, casi sin creerlo, llegan a gobernar (y los destruye), sino porque ostenta una refinada capacidad para suprimir sus propios monstruos y pesadillas, y metamorfosearse de acuerdo al llamado de los tiempos.

Los caminos de reflexión, a veces inocuos, no obstaculizan el curso de las iniciativas políticas. Hasta a veces lo apuran y estimulan. Por eso proponemos, como otro instrumento interpretativo del peronismo y de la política argentina —¿cuántos van ya?—, la teoría mimética del antropólogo y filósofo francés René Girard. Por supuesto, se tratará de una versión libre, prudentemente usurpada, de una teoría que no aspiró a ocuparse de nosotros.

Girard, nacido en 1923 en Aviñón, pasó la mayor parte de su carrera docente, hasta jubilarse, enseñando en diversas universidades norteamericanas (Indiana, Nueva York y Stanford, entre otras); ha sido, por tanto, una figura excéntrica respecto al ambiente intelectual francés de los 60 y 70, con el que mantuvo fuertes polémicas. En tiempos recientes, sus adscripciones religiosas le han enajenado simpatías anteriores, aunque él mismo declaró que no veía incompatibilidad entre ser «un antropólogo revolucionario y un católico conservador».

El aporte central de Girard consiste en lo que él llama teoría mimética o teoría del deseo mimético, formulada primero en su ensayo *Mentira romántica y verdad novelesca* (1961), en que analiza a grandes novelistas de Occidente, de Cervantes a Dostoievski. La reflexión sobre la mimesis continuará, entre otros libros, en *La violencia y lo sagrado* (1972), *Literatura, mimesis y antropología* (1978), *El chivo expiatorio* (1982) y *Shakespeare. Los fuegos de la envidia* (1990).

Dicho sea de modo muy simplificado, Girard sostiene que, además de otras manifestaciones obvias de la mimesis (es decir, de la imitación, de la emulación) como pueden serlo, por ejemplo, los modos de hablar, las expresiones del rostro o las maneras de vestirse, lo que resulta capital es la condición mimética del deseo, que lejos de ser autónomo o libre (según la concepción romántica) se constituye a través de un esquema triangular formado por (1) el que desea, pero determinado por el deseo de otro, (2) el mediador, que lo precede en su relación con (3) el objeto deseado. Esa mediación o emulación puede ser externa (el modelo pacífico) o interna (el competidor conflictivo). Las incontables consecuencias que Girard extrae de este planteo, por ejemplo en la discusión sobre la formación de la cultura o el origen de la violencia, son a la vez lúcidas y arbitrarias.

En la vida política argentina de las últimas seis décadas, el triángulo mimético se nos presenta de modo casi obvio y escolar. El peronismo (su doctrina, su burocracia, su mitología) sería en principio el mediador omnipresente; el pueblo argentino, la opinión pública, el cuerpo electoral, serían el objeto del deseo; y el resto de las fuerzas políticas, los que desean, oscilantes entre apoderamientos momentáneos, objeto de deseo y —siempre— una dependencia extrema del mediador.

¿Por qué esta condición de mediador del peronismo ha podido mantenerse por tanto tiempo? Por empezar, su núcleo originario es poderoso y no ha podido ser rebatido ni superado: el caudillo creador

(Perón), la jornada fundacional (el 17 de octubre) y la inmolación redentora (Eva Perón) conforman un relato mítico inquebrantable. Admítase también, desde la perspectiva más prosaica del realismo economicosocial, que la auténtica redistribución de la riqueza producida entre 1946-1950, aunque puesta del revés por gestiones posteriores, ha seguido obrando como memoria histórica. Sobre este fondo de fuertes trazos, apenas si se distinguen las borrosas figuras de Cipriano Lombi-lla o José López Rega, la educación regimentada o las supresiones de la libertad de las primeras presidencias, y se borra enérgicamente la herejía neoliberal del menemismo. El contrarrelato nunca termina de cristalizar.

Por otra parte, a causa de un exitoso espejismo ideológico, el peronismo ha terminado por ocupar dos de los vértices del triángulo mimético: es, gracias a su identificación con el Pueblo y la Nación, a la vez mediador y objeto de deseo. Por su proclamado carácter de «movimiento», vagamente antidemocrático y en teoría superador del sistema de partidos (por más que a la vez lo niegue), se colocó por encima o al margen de la política, entendida ésta como un tradicional caldero de corrupción y arreglos de cúpulas. Cabe volver a recordar la feliz expresión de Mateo, el personaje de *No habrá más penas ni olvido* de Osvaldo Soriano: «Si yo siempre fui peronista.... nunca me metí en política».

Pero en realidad lo que mejor documenta la teoría girardiana es el papel subordinado, vicario, del sujeto deseante del triángulo, es decir, de la oposición, de los otros, de los no peronistas que a lo largo de los años han estructurado su deseo en la mimesis del deseo peronista, aun negándolo o maldiciéndolo, como si el único modelo posible fuera ese y ningún otro. La tentación de prohibir al peronismo, de suprimirlo mediante la violencia, de negarlo radicalmente, no son más que exacerbaciones del deseo insatisfecho, de la incapacidad de competir con el mediador envidiado. Se sabe que el intento del presidente Alfonsín, quizá el más vigoroso de los que procuraron superar la autoritaria tradición peronista y erigir un nuevo sistema democrático y republicano, naufragó, entre otros motivos, por su tentación movimientista y clientelística, que copiaba lo visible del peronismo, sin entender sus astucias y códigos más profundos.

Se dirá que hay otros modelos en el mundo e incluso en el pasado nacional, que la cadena del deseo podría reiniciarse de otra forma, y que es inútil mimetizarse con el peronismo cuando éste, como aparato político y estructura formal, aunque no como instrumento de poder,

pasa por su peor y más disgregado momento. Es fácil desear un objeto inalcanzable. Todos quisiéramos ser socialdemócratas, pero todos somos, inevitablemente, peronistas. Lo somos en muchos aspectos esenciales de nuestras vidas y conductas, porque la cultura del peronismo nos ha impregnado como el barniz a la tela.

El deseo de un nuevo consenso político y social, igualitario y plural, está fuertemente perturbado por el entramado mafioso y las injusticias estructurales de la Argentina de hoy. Reorientarlo gradualmente, sin excesivas ambiciones refundacionales, sin la violencia mimética que termina matando al mediador y al objeto, podría ser un deber tanto como una necesidad. Para peronistas/peronistas, y para peronistas/no peronistas.



Montevideo antiguo